

Saqué mi reloj, y mientras rodaba el coche, no perdí un momento de vista al doctor Mahmud, deseoso de saber si era capaz de cumplir lo prometido.

Pocos momentos despues vi al árabe trepar por las laderas escarpadas del coloso. Aquel hombre saltaba sobre las piedras con agilidad maravillosa, y á la distancia desde donde yo lo observaba, parecia no tocarlas siquiera con las plantas. Hubiérase dicho que el camino que seguia era fácil y exento de riesgo, conforme adelantaba por él sin detenerse, como si tuviera alas. Parecia una cabra montés brincando sobre los vertiginosos desfiladeros de las serranías. Llegó por fin á la cumbre; y saltando sobre la plataforma, prorumpió en gritos de triunfo, agitando en alto las manos. Su figura en aquel instante, empequeñecida por la altura y la distancia, se destacaba airosa sobre el horizonte iluminado; era la silueta fiera y salvaje del hombre de la naturaleza.

Eché una mirada á mi reloj. Cuatro minutos y medio habian transcurrido apenas. Mahmud habia cumplido con exceso lo prometido, y habia hecho aquel camino en menos de la tercera parte del tiempo que yo, con ayuda de ocho brazos, habia gastado en recorrerlo.

CAPITULO VII

MENFIS Y ZAKKARAH

Enero 20 de 1873.

A las seis de la mañana vino Fortunato á buscarme al hotel. Dos asnos nos esperaban á la puerta. Montamos sobre ellos y nos dirigimos á la estacion de Bulaq, que es la primera del camino de fierro del Alto Egipto. La estacion, por una idea bien singular, está fuera del Cairo y á respetable distancia. El camino para llegar á ella, se cruza en algo mas de una hora. Eran las ocho y cuarto, y el tren deberia partir á las nueve en punto. Pocas esperanzas teniamos de llegar á tiempo; pero contando con la falta de exactitud de los ferrocarriles del país, hicimos andar á buen paso nuestras cabalgaduras, y nos echamos en brazos de la suerte.

No teniamos un cuarto de hora de marcha, cuando el asno de Fortunato, que era flaco en demasia, se cansó totalmente y comenzó á dar traspies á cada paso. Cuatro ó cinco veces rodó mi dragoman por el suelo, arrastrado por la extenuada bestia que tropezaba y caia; pero el animoso Fortunato tornaba á levantarse lleno de brío, y apostrofando al pobre animal con palabras que no son para dichas, montaba sobre él, y á palos obligábalo á caminar diligente.

Una hora despues, el asno no pudo más; y á pesar de los golpes y de los empujones con que lo impulsaba el arriero, se dió á caminar lentamente, exhaustas ya sus fuerzas.

Desde aquel punto se oian los silbidos de la locomotora, próxima á ponerse en accion. Fortunato, ciego de cólera, queria hacer terrible ejemplar en el asno y su dueño, como si alguno de los dos tuviera culpa en lo que nos pasaba. El infeliz arriero estaba tan afligido, que me pareció verlo en ánimos de echarse encima la albarda é invitar á mi dragoman á que lo cabalgase.

Tocado de compasion al ver su aturdimiento, abogué en su favor, y logré que Fortunato en paz lo dejara y se resolviera á caminar á pié hasta la estacion, de allí poco distante.

Tomó, pues, mi dragoman por el ronzal mi asno, y diciendo maldiciones inauditas, echó á andar con paso precipitado. El arriero vino tras nosotros, habiendo dejado la bestia cansada, atada á una enorme piedra, y poniendo la suerte de su propiedad en manos del omnipotente Alá, dueño y soberano de todas las cosas.

Menos de un cuarto de hora empleamos en llegar á la estacion. A pesar de esto, eran las nueve y media cuando llegamos. Pero nada importaba, puesto que el tren no habia partido. Apenas tuvimos tiempo suficiente para comprar nuestros boletos. Entramos en el wagon, y partió el tren en aquel mismo instante.

Caminamos por espacio de media hora, al cabo de la cual se paró el tren. Era la primera estacion del Alto Egipto. Bajamos, y en un instante atravesamos la distancia que nos separaba del pueblo de Bader-Shen, que es bastante feo y miserable.

Hubo en la antigüedad un rey en este lugar, que tenia una mujer muy hermosa. Partió el rey para la guerra, separándose de la reina con lágrimas, porque tiernamente la amaba á causa de su gran belleza. Dos meses despues volvió triunfante, ansioso por ver á su esposa. Salió ésta á recibirlo á la puerta del palacio, pero al verla el rey, quedó horrorizado: aquel rostro de ángel estaba convertido

en semblante de mónstruo; las viruelas habian atacado á la reina y la habian espantosamente desfigurado. El rey no pudo menos de exclamar en aquel terrible caso:

—¿Cómo ha podido hermosura tan ideal trocarse en fealdad tan horrible?

Y desde entonces, en memoria de este singular acontecimiento, lleva el lugar el nombre de «Bader-Shen,» que en lengua árabe quiere decir beldad horrible.—

Llegamos, pues, Fortunato y yo á un miserable café griego, y el dueño se encargó de buscarnos dos asnos. No tardó en encontrarlos, y muy robustos y ágiles por cierto, aunque pobremente enalbardados. Pusímonos en marcha en seguida, pues á las cuatro de la tarde teniamos que estar en Bader-Shen de regreso, para tomar el tren que á esa hora tenia de volver al Cairo.

Despues de una hora de camino llegamos á Zakkarah; villorrio insignificante que tiene algunas casas diseminadas en una altura.

Allí echamos pié á tierra y entramos en la choza de un pobre árabe, vendedor de antigüedades y conocido antiguo de Fortunato. Sentámonos en la sala sobre unas esteras, y muy á poco nos fué servido el café en miserables tacitas.

El árabe dueño de la casa nos hizo ver multitud de pequeñas estátuas y escarabajos que tenia guardados en mugrientas talegas de lana. Todo lo que habia allí era bien antiguo, pero no nos mostró figura que estuviese completa. Compré yo, sin embargo, algunos de aquellos objetos, más bien por tener algun pretexto para socorrer al infeliz campesino, que por el interes que ellos me inspiraran.

Media hora pasamos en la casa del pobre anticuario, sin poder entender yo una palabra de cuanto este y mi dragoman hablaron. Varias veces me dirigió el casero la palabra; pero viendo que no contestaba, se dió á preguntar á Fortunato pormenores sobre mí, y se asombró grandemente al saber que yo era mexicano. No conocia ni el nombre de mi país, y se asombró todavía mas cuando habiéndome

preguntado si el imperio de Mahoma se habia extendido hasta Méjico, le hube contestado negativamente; porque segun él me dió á entender, creia que el mundo entero era mahometano, con excepcion de los francos (europeos) y los costos.

Estaba el buen hombre empeñado en que le acompañáramos á comer, y no se decidió á dejarnos partir sin gran resistencia. Por fin Fortunato se puso en pié. Dijimosle que teniamos precision de marcharnos luego, porque habiamos de llegar á comer á Zakkarah. Nos hizo prometerle que volveriamos á verlo de regreso de nuestra expedicion.

Al despedirse de mí, me dijo:

—«Bikhâirkum yâ saidi» (Adios, señor).

Y á Fortunato:

—«Ma assalamah yâ habibi» (Adios, amigo mio).

Tornamos á montar en nuestros asnos y proseguimos el camino á buen paso, bajo un sol de fuego que nos tuvo agobiados y calenturientos.

Bien pronto llegamos á un lugar donde Fortunato, parando su balgadura, volvió á mí el rostro, diciéndome:

—¡Menfis!

Preciso era que mi dragoman me lo dijese, para que yo pudiera saber que allí habia existido la ciudad famosa. En vano buscaba delante de mí algun monumento, algun escombros de la opulenta capital faraónica.

¡Menfis! Este solo nombre hacia agolparse en mi cerebro un torbellino de ideas y de recuerdos. Residencia por muchos siglos de los monarcas egipcios, capital del vasto y poderoso imperio de los Faraones, ostentó en un tiempo todas las grandezas de la civilizacion egipcia, y rivalizó con Tébas, la ciudad de cien puertas. Aquí estaba el palacio donde habitaba Faraon que mandó matar á los infantes israelitas. La hija de este rey, paseando por la ribera del Nilo en compañía de sus doncellas, encontró la cuna del pequeño Moisés, que

detenida entre los juncos de un remanso, flotaba sobre las aguas. Apia-dóse la princesa de aquel pobre niño destinado á la muerte, y llevólo consigo á su palacio. Allí fué donde Moisés, educado con todas las atenciones debidas á un príncipe, adquirió esa fuerza moral que, iluminada y engrandecida por Dios mas tarde, arrebató de las garras del monarca mas poderoso del mundo, la descendencia de Jacob hasta entonces esclava, blanco de las tiranías del pueblo de esta tierra, entre el cual vivia como peregrina.

Allí se formó ese gran génio protegido de Dios, que refundió en sí todas las glorias posibles. Fuerte en la pelea, héroe, historiador sobrehumano, fué padre, salvador, legislador de un pueblo, y sirvió de intermediario á Dios para trasmitir al mundo sus leyes. Tan presto instrumento de terror en los planes del Altísimo, tan presto de consolacion y dulzura, á una señal de su vara, la mano todopoderosa se desplomó sobre los hombres para castigarlos, ó se abrió para colmarlos de beneficios.

Él hizo gemir el Egipto bajo siete plagas terribles; obedeciendo á su mandato, se abrieron las aguas del Mar Rojo para que pasara Israel por en medio de ellas por un camino seco, y se despeñaron sobre el monarca rebelde que marchaba en seguimiento del pueblo escogido; hizo brotar agua del desierto árido y caer lluvia de aves del candente cielo ennegrecido por el mortífero «simoun;» escribió un libro que encierra la historia de lo criado, y en estilo sublime cuenta á los hombres su origen y los hace remontar hasta su procedencia celeste; y ascendiendo á la cumbre del Sinaí humeante y aterrador con el poder y la majestad de Jehová, recibió de manos del Legislador Supremo las Tablas de la Ley, donde la moral quedó para siempre concreta y la conciencia humana estereotipada.

¡Tristeza y desolacion! De Menfis no ha quedado ni un rastro. Allí donde se extendia, la lluvia del cielo sin salida ha formado laguna infecta, mientras en torno de ella y ocupando los antiguos recintos, crecen las palmas silvestres.

Algunos montecillos cubiertos de yerba, ocultan acaso los muros de habitaciones que no miran la luz hace miles de años; y la soledad y el silencio extienden sobre este sitio su sudario de muerte, como en otro tiempo el movimiento y la vida lo hicieron resonar con su estrépito.

Nunca desolacion mas grande se ha derramado sobre lugar mas renombrado y glorioso. Ni una pared en pié, ni un pedazo de piedra labrada que indiquen aquí fué Menfis. Jamas paraje alguno fué mas propio para despertar en el alma los pensamientos de la miseria de las glorias humanas, que este campo cenagoso poblado de un bosque de palmas donde nada parece indicar la espléndida historia del pasado!

Cabizbajo y suspenso proseguí mi camino, sin saber apenas por dónde cruzaba. Me sentia profundamente conturbado y tristemente satisfecho á un tiempo mismo, porque habia conocido el lugar donde Menfis habia sido.

A poco andar encontramos una choza miserable al diestro lado del camino. Frente á la puerta habia expuestos algunos restos de estatuas antiguas de muy poca importancia. Algunos ingleses habia allí agrupados examinando aquellos objetos.

A poca distancia de la choza, en una hondonada, descubrí una inmensa piedra labrada, y lleno de curiosidad hice parar mi asno para examinarla. Al principio toméla por simple fragmento de construccion gigantesca, pero al cabo de unos instantes de contemplacion, noté que aquel monolito enorme era el torso de una estatua. Es un fragmento de la gigantesca estatua de Ramses el Grande, conocido en Occidente bajo el nombre de Sesostris, y ocupa derribado treinta y seis piés de terreno. El pecho está enteramente hundido en lodo, y la parte visible, con tener proporciones tan vastas, no parece á la primera ojeada presentar los perfiles de la forma humana. De manera que por su misma enormidad es difícil de darse á conocer. Esta estatua en pié y completa, debe de haber tenido muchos metros de

altura. Todo era colosal en el antiguo Egipto. Ese pueblo no encontraba la belleza sino en lo grande; error tal vez, pero prueba de que su alma deliraba con las ideas de lo inmenso y de lo eterno.

Adelante. No hay senda. Entramos por los sembrados. Una caravana de ingleses, en borrico tambien, marcha á nuestro frente y nos precede. El grupo va alegre y jugueton como una comparsa de muchachos de escuela. Sus asnos son perezosos ó cojos y apenas marchan; de manera que viajeros y viajeras caminan unos tras otros, apaleándose mutuamente sus cabalgaduras. El burrero se encarga de descargar su brazo sobre el último de los asnos á fin de no dejarlo sin su racion de palos. Una vieja que lleva sombrero de alas espaciosas, rie como una loquilla, y picando con su baston al animal tenazmente, trata de hacerlo caracolear, creyendo tal vez encontrarse en Hayde Park. El asno se echa á correr al través del sembrado, se aparta de la comitiva, y levantando los cuartos traseros, hace caer de bruces á la vieja, y sigue todavía corriendo de su cuenta gran trecho, hasta que el burrero vuela y por el freno lo contiene. La pobre inglesa se levantó entretanto, más que molida del golpe, corrida por el desgraciado caso. Como cayó en el lodo, sus vestidos se llenaron de barro, y sobre su cara se formó una máscara, de modo que se levantó escupiendo la tierra que sin querer habia tragado. Pero los ingleses son graves y caballerosos hasta lo sublime. Llegaron solícitos á la vieja, sin que indiscreta sonrisa asomara á sus labios; en tanto que ella, tratando de disimular su confusion, hablaba de sus contusiones. Los ingleses fingian creerlo y tomarlo á lo serio.

En este estado dejamos las cosas cuando Fortunato y yo pasamos junto á aquel grupo, siguiendo campo adelante en nuestros excelentes borricos.

Una hora de marcha.

Llegamos al Desierto; trepamos por unos montecillos de arena, y nos encontramos al pié de las pirámides de Zakkarah. Son mucho mas pequeñas que las de Ghiza. Como monumentos de su clase, no